

EL ESPÍRITU SANTO

II- Dones de Temor, Fortaleza y Piedad

Voy a seguir al padre Royo Marín en su libro “El gran desconocido”, sobre el Espíritu Santo. Puede servir antes de esta meditación ver esta otra: <https://www.youtube.com/watch?v=fDwooRQwXJM&t=27s>

Los dones del Espíritu Santo, si bien son cosas perfectísimas, también tienen un orden en esa perfección. El primero, -de menos perfecto a más- es el don de Temor del Señor, y el más perfecto es el don de Sabiduría. Empezamos por el don de Temor del Señor.

EL DON DE TEMOR DE DIOS

¿Se puede temer a Dios?

No se lo puede temer en cuanto a que Dios es un bien, y por lo general se temen los males futuros, pero sí le puedo temer a Dios en cuanto que Dios es infinitamente justo y castiga el pecado del hombre. En ese sentido tenemos que sacarnos esas ideas progresistas de que Dios es solamente misericordia. Si fuera sólo misericordia y no justicia ese no es Dios. No hay contradicción en Él. Dios perdona todo, pero perdona a los que quieren ser perdonados. Dios odia el pecado y lo castiga. Entonces Dios puede ser temido en ese sentido: temo de que Dios sea justo conmigo por lo que he hecho. Temo perderme a Dios.

En ese sentido santo Tomás va a hablar de varios géneros de temores: el **temor mundano**, que no sirve para nada, es malo, es temer las cosas temporales y soy capaz de vender mi alma si hace falta. No sirve. Después el **temor servil**, que se contrapone al temor filial, es un temor de siervo, de esclavo. El temor servil se divide en dos: uno que es imperfecto y no sirve para nada y otro que ya comienza a ser bueno. El **servilmente servil** es el que no sirve para nada y no tiene para nada en cuenta el amor: “no me importa Dios para nada, pero no sea cosa que me vaya al infierno, entonces me porto bien”. Eso no sirve para nada. En cambio el temor **simplemente servil** sí es bueno, “el comienzo de la sabiduría es el temor del Señor”, es un “yo amo a Dios, pero no me alcanza ese amor para dejar de pecar en estas circunstancias”, entonces el miedo de perderme a Dios, el miedo al infierno me ayuda. Es lo que dice san Ignacio en los ejercicios «si del amor de Dios me olvidare por mis faltas el miedo a condenarme me ayuda de no caer en pecado». Es un temor que defiende al amor débil. San Ignacio dice que ese temor imperfecto después se transforma en temor perfecto, por eso es bueno ese temor, y por eso él nos pide que hagamos esa meditación del infierno en los ejercicios. Después viene el **temor filial**, que por un lado está el **imperfecto** y por otro lado el **perfecto**. El imperfecto es “temo perderme a Dios, porque lo amo me da miedo perderlo eternamente”. “No importa las llamas del infierno. Temo perderlo porque lo amo”. En cambio el más perfecto mira

solamente la ofensa a Dios. Yo no me miro a mí si me lo pierdo o nó. Sólo lo miro a Dios, y no quiero ofenderlo. Ése es el temor más perfecto.

Cuando uno habla del don de Temor, como es un don divino se aplica solamente al temor filial perfecto, pero como son muy parecidos los dos también se puede aplicar al imperfecto.

El don de temor es un hábito sobrenatural por el cual el justo, bajo el instinto del Espíritu Santo y dominado por un sentimiento reverencial hacia la majestad de Dios, adquiere docilidad especial para apartarse del pecado y someterse totalmente a la divina voluntad.

Su modo deiforme

Dios es la causa suprema y ejemplar de todos los dones sobrenaturales que hemos recibido de su divina liberalidad. Pero parece que con relación al don de temor no es posible encontrar en Él ninguna suerte de ejemplaridad, ya que en Dios es absolutamente imposible la existencia de cualquier clase de temor. «La ejemplaridad divina—escribe a este propósito el padre Philipon—, que salta a la vista en todos los demás dones del Espíritu Santo, es difícil de percibir en el don de temor. Compréndese sin esfuerzo que los dones intelectuales tengan por prototipo la inteligencia, la ciencia, la sabiduría y el consejo de Dios. El don de piedad es como una imitación de la glorificación que Dios halla en sí mismo, en su Verbo. Y el don de fortaleza, como un reflejo de la omnipotencia y la inmutabilidad divinas.

Pero ¿cómo descubrir en Dios un modelo del don de temor?

Sí que lo hay: su alejamiento de todo mal, es decir, su santidad infinita, que comunica a los hombres y a los ángeles, que «tiemblan» ante Él; algo de su pureza divina, inaccesible al más mínimo mancillamiento y dotada de un poder soberanamente eficaz contra todas las formas del mal. El Espíritu de Dios es un Espíritu de temor, lo mismo que lo es de amor, de inteligencia, de ciencia, de sabiduría, de consejo, de fortaleza y de piedad. En su acción personal en lo más íntimo del alma, el Espíritu del Padre y del Hijo transmite algo de la infinita detestación del pecado que existe en Dios mismo, y de su voluntad de oponerse al «mal de culpa», y de su ordenación del «mal de pena» por su vengadora justicia para su mayor gloria y para restituir el orden en el universo. Un sentimiento análogo es participado, en el fondo de las almas, bajo la influencia directa del Espíritu de temor: ante todo, una detestación enérgica del pecado, dictada por la caridad; además, un sentimiento de reverencia para con la infinita grandeza de aquel cuya soberana bondad merece ser el fin supremo de cada uno de nuestros actos, sin la menor desviación egoísta hacia el pecado. El modo deiforme del Espíritu de temor se mide por la santidad de Dios».

¿Con qué virtudes se relaciona?

La caridad es la que da forma a todas las virtudes. La prudencia también une a las virtudes morales, los dones del Espíritu Santo también están unidos. No son compartimientos estancos, ¿en cuántas virtudes influye un don? Podemos decir que en todas, pero especialmente en algunas y las vamos a ir nombrando.

Como dijimos en la charla anterior las virtudes teologales son más perfectas que los dones, porque me unen directamente con Dios, pero los dones van a hacer que las virtudes teologales sean a modo divino y no humano.

Virtudes relacionadas

Los dones del Espíritu Santo se relacionan íntimamente entre sí y con todo el conjunto de las virtudes cristianas, ya que unos y otras son inseparables de la caridad sobrenatural, que es la *forma* de todas las virtudes y dones, el alma de todos ellos. Sin embargo, cada uno de los dones se relaciona especialmente con alguna o algunas virtudes infusas, a las que se encarga de perfeccionar por su gran afinidad con ellas. El don de temor se relaciona muy especialmente con la esperanza, la templanza, la religión y la humildad. Vamos a verlo con detalle.

a) LA ESPERANZA.—El hombre siente natural propensión a amarse desordenadamente a sí mismo, a presumir que algo es, algo vale y algo puede en orden a conseguir su bienaventuranza. Es el pecado de presunción, contrario por exceso a la virtud de la esperanza, que únicamente arrancará de raíz el don de temor al darnos un sentimiento *sobrenatural* y vivísimo de nuestra radical impotencia ante Dios, que traerá como consecuencia el apoyarnos únicamente en la omnipotencia auxiliadora de Dios, que es, cabalmente, el motivo formal de la esperanza cristiana. Sin la actuación intensa del don de temor, esta última nunca llegará a ser del todo perfecta. «La esperanza—escribe a este propósito el P. Philipon—induce al alma humana, consciente de su fragilidad y de su miseria, a refugiarse en Dios, cuya omnipotencia misericordiosa es la única que puede librarla de todo mal. Así, el espíritu de temor y la esperanza teologal, el sentido de nuestra debilidad y el de la omnipotencia de Dios, se prestan en nosotros mutuo apoyo. El don de temor se convierte así en uno de los más preciosos auxiliares de la esperanza cristiana. Cuanto más débil y miserable se siente uno, cuanto más capaz de todas las caídas, más se acoge a Dios, como se cuelga el niño de los brazos de su padre».

b) LA TEMPLANZA.—El don de temor mira principalmente a Dios, haciéndonos evitar cuidadosamente todo cuanto pueda ofenderle, y, en este sentido, perfecciona la virtud de la esperanza, como ya hemos dicho. Pero secundariamente puede mirar a cualquier otra cosa de la que el hombre se aparte para evitar la ofensa de Dios. Y en este sentido corresponde al don de temor corregir la tendencia más desordenada que el hombre experimenta—la de los placeres carnales—, reprimiéndola mediante el temor divino, ayudando y reforzando la virtud de la templanza, que es la encargada de moderar aquella tendencia desordenada. Sin el refuerzo del don de temor, la virtud de la templanza se encontraría impotente para vencer siempre y en todas partes el ímpetu de las pasiones desordenadas.

c) LA RELIGIÓN.—Como es sabido, la religión es la virtud encargada de regular el *culto* debido a la majestad de Dios. Cuando esta virtud es perfeccionada por el don de temor, alcanza su máximo exponente y plena perfección. El culto a la divinidad se llena entonces de ese temor reverencial que experimentan los mismos ángeles ante la majestad de Dios: *tremunt potestates*"; de ese temor santo que se traduce en profunda adoración ante la perfección infinita de Dios: «*Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos*» (Is 6,3). El modelo supremo de esta reverencia ante la grandeza y majestad de Dios es el mismo Cristo. Si nos fuera dado contemplar la humanidad de Jesús, la veríamos anonadada de *reverencia* ante el Verbo de Dios, al que estaba unida hipostáticamente, es decir, formando una sola persona divina con El. Esta es la reverencia que pone el Espíritu Santo en nuestras almas a través del don de temor. El cuida de fomentarla en nosotros, pero moderándola y fusionándola con el don de *piedad*, que pone en nuestra alma un sentimiento de amor y de filial ternura, fruto de nuestra adopción divina, que nos permite llamar a Dios *Padre* nuestro.

d) LA HUMILDAD.—El contraste infinito entre la grandeza y santidad de Dios y nuestra increíble pequeñez y miseria es el fundamento y la raíz de la humildad cristiana; pero sólo

el don de temor, actuando intensamente en el alma, lleva la humildad a la perfección sublime que admiramos en los santos. Escuchemos a un teólogo contemporáneo explicando esta doctrina": «Ama el hombre, ante todo, su grandeza, dilatarse y ensancharse más de lo que le corresponde, lo cual constituye el orgullo, la soberbia; mas la humildad le reduce a sus debidos límites para que no pretenda ser más de lo que es según la regla de la razón. Y sobre esto viene a actuar el don de temor, sumergiendo al alma en el abismo de su nada ante el todo de Dios, en las profundidades de su miseria ante la infinita justicia y majestad divinas. Y así, penetrada el alma por este don, como es nada delante de Dios y no tiene de su parte más que su miseria y su pecado, no intenta por sí misma grandeza ni gloria alguna fuera de Dios, ni se juzga merecedora de otra cosa que de desprecio y castigo. Sólo así puede la humildad llegar a su perfección: y tal era la humildad que vemos en los santos, con un desprecio absoluto de sí mismos». Al lado de estas cuatro virtudes fundamentales, el don de temor deja también sentir su influencia sobre otras varias, relacionadas de algún modo con aquéllas. No hay ninguna virtud que, a través de alguna teologal o cardinal, deje de recibir la influencia de algún don. Y así, a través de la templanza, el don de temor actúa sobre la *castidad*, llevándola hasta la delicadeza más exquisita; sobre la *mansedumbre*, reprimiendo totalmente la ira desordenada; sobre la *modestia*, suprimiendo en absoluto cualquier movimiento desordenado interior o exterior; y combate las pasiones que, juntamente con la vanagloria, son hijas de la soberbia: la jactancia, la presunción, la hipocresía, la pertinacia, la discordia, la réplica airada y la desobediencia.

Efectos del don de temor en las almas¹

Son inapreciables los efectos santificadores que produce en las almas la actuación del don de temor, a pesar de ser el último y menos perfecto de todos. He aquí los principales:

1) UN VIVO SENTIMIENTO DE LA GRANDEZA Y MAJESTAD DE DIOS, QUE LAS SUMERGE EN UNA ADORACIÓN PROFUNDA, LLENA DE REVERENCIA Y HUMILDAD.—Es el efecto más característico del don de temor, que se desprende de su propia definición. El alma sometida a su acción se siente transportada con fuerza irresistible ante la grandeza y majestad de Dios, que hace temblar a los mismos ángeles: *tremunt potesta/es*. Delante de esa infinita majestad se siente nada y menos que nada, puesto que es una nada pecadora. Y se apodera de ella un sentimiento tan fuerte y penetrante de reverencia, sumisión y acatamiento, que quisiera deshacerse y padecer mil muertes por Dios. Entonces es cuando la humildad llega a su colmo. Sienten deseos inmensos de «padecer y ser despreciados por Dios» (SAN JUAN DE LA CRUZ). No se les ocurre tener el más ligero pensamiento de vanidad o presunción. Ven tan claramente su miseria, que, cuando les alaban, les parece que se burlan de ellos (CURA DE ARS). Santo Domingo de Guzmán se ponía de rodillas a la entrada de los pueblos, pidiendo a Dios que no castigase a aquel pueblo donde iba a entrar tan gran pecador. Llegados a estas alturas, hay un procedimiento infalible para atraerse la simpatía y amistad de estos siervos de Dios: injuriarles y llenarles de improperios (SANTA TERESA DE JESÚS). Este respeto y reverencia ante la majestad de Dios se manifiesta también en todas las cosas que dicen de algún modo relación a El. La iglesia u oratorio, el sacerdote, los vasos sagrados, las imágenes de los santos..., todo lo miran y tratan con grandísimo respeto y veneración. El don de piedad produce también efectos semejantes; pero desde otro punto de vista, como veremos en su lugar correspondiente. Este es el aspecto del don de temor que

¹ ANTONIO ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, cap 8, Punto 6.

continuará eternamente en el cielo Allí no será posible—dada la absoluta impecabilidad de los bienaventurados—el temor de la ofensa de Dios; pero permanecerá eternamente, perfeccionada y depurada, la reverencia y acatamiento ante la infinita grandeza y majestad de Dios, que llenará de estupor la inteligencia y el corazón de los santos.

2) UN GRAN HORROR AL PECADO Y UNA VIVÍSIMA CONTRICIÓN POR HABERLO COMETIDO.—Iluminada su fe por los resplandores de los dones de entendimiento y ciencia y sometida la esperanza a la acción del don de temor, que la enfrenta directamente con la majestad divina, el alma comprende como nunca la malicia en cierto modo infinita que encierra cualquier ofensa de Dios por insignificante que parezca. El Espíritu Santo, que quiere purificar más y más al alma para la divina unión, la somete al don de temor, que le hace experimentar una especie de anticipo del rigor inexorable con que la justicia divina, ofendida por el pecado, la ha de castigar en la otra vida si no hace en ésta la debida penitencia. La pobre alma siente angustias morales, que alcanzan su máxima intensidad en la horrenda *noche del espíritu*, antes de alcanzar la cima suprema de la perfección cristiana. Le parece que está irremisiblemente condenada y que ya nada tiene que esperar. En realidad, es entonces cuando la esperanza llega a un grado increíble de heroísmo, pues el alma llega a esperar «*contra toda esperanza*», como Abrahán (**Rom 4,18**), y a lanzar el grito sublime de Job: «*Aunque me matare, esperaré en Eb*» (**Job 13,15**). El horror que experimentan estas almas ante el pecado es tan grande, que San Luis Gonzaga cayó desmayado a los pies del confesor al acusarse de dos faltas veniales muy leves. San Alfonso de Liguorio experimentó semejante fenómeno al oír pronunciar una blasfemia. Santa Teresa de Jesús escribe que «no podía haber muerte más recia para mí que pensar si tenía ofendido a Dios» (*Vida* 34,10). Y de San Luis Beltrán se apoderaba un temblor impresionante al pensar en la posibilidad de condenarse, perdiendo con ello eternamente a Dios. Su arrepentimiento por la menor falta es vivísimo. De él procede el ansia reparadora, la sed de inmolación, la tendencia irresistible a crucificarse de mil modos que experimentan continuamente estas almas. No están locas. Es una consecuencia natural de las mociones del Espíritu Santo a través del don de temor.

3) UNA VIGILANCIA EXTREMA PARA EVITAR LAS MENORES OCASIONES DE OFENDER A DIOS . — Es una consecuencia lógica el efecto anterior. Nada temen tanto estas almas como la menor ofensa de Dios. Han visto claro, a la luz contemplativa de los dones del Espíritu Santo, que en realidad es éste el único mal sobre la tierra; los demás no merecen el nombre de tales. ¡Qué lejos están estas almas de meterse voluntariamente en las ocasiones de pecado! No hay persona tan aprensiva que huya con tanta rapidez y presteza de un enfermo apestado como estas almas de la menor sombra o peligro de ofender a Dios. Esta vigilancia extrema y atención constante hace que esas almas vivan, bajo la moción especial del Espíritu Santo, con una pureza de conciencia tan grande, que a veces hace imposible—por falta de materia—la recepción de la absolución sacramental, a menos de someter a ella alguna falta de la vida pasada, sobre la que recaiga nuevamente el dolor y arrepentimiento.

4) DESPRENDIMIENTO PERFECTO DE TODO LO CREADO.— El don de ciencia— como veremos—produce este mismo efecto, pero desde otro punto de vista. Es que los dones, como ya dijimos, están mutuamente conectados entre sí y con la caridad y se entrelazan e influyen mutuamente. Se comprende perfectamente. El alma que a través del don de temor ha vislumbrado un relámpago de la grandeza y majestad de Dios, ha de estimar forzosamente como basura y estiércol todas las grandezas creadas (cf. Flp 3,8). Honores, riquezas, poderío, dignidades..., todo lo considera menos que paja, como algo indigno de merecer un minuto de atención. Recuérdese el efecto que produjeron en Santa Teresa las joyas que le enseñó en

Toledo su amiga doña Luisa de la Cerda: no le cabía en la cabeza que la gente pueda sentir aprecio por unos cuantos cristalitos que brillan un poco más que los corrientes y ordinarios: «Yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo misma lo quisiese procurar, tener en algo a aquellas cosas si el Señor no me quitaba la memoria de otras».

Tengamos presente que si bien los dones del Espíritu Santo, cuando predominan en nuestra vida, se trata de la vida mística (a modo divino), -se ponen en acto más seguido y hacen que las virtudes infusas se realicen en modo divino y las llevan a la perfección para llegar a la santidad-, pero sin embargo también los dones hacen falta para salvarse, hay momentos que si no actuara el Espíritu Santo caeríamos. Tentaciones repentinas, etc. donde a modo humano no llegamos. Entonces la moción es del Espíritu Santo. Entonces el Espíritu Santo también actúa en la parte ascética de la vida (a modo humano).

Medios para fomentar este don²

Como ya explicamos en su lugar, los dones del Espíritu Santo solamente puede ponerlos en ejercicio el propio Espíritu Santo; a diferencia de las virtudes infusas, que podemos actuarlas nosotros mismos bajo la influencia de una simple gracia actual, que Dios pone siempre a nuestra disposición como el aire para respirar. Sin embargo, podemos y debemos pedir al Espíritu Santo que actúe en nosotros sus dones, haciendo al mismo tiempo de nuestra parte todo cuanto podamos para *disponernos* a recibir la divina moción que pondrá en movimiento los dones. Aparte de los medios generales para atraerse la mirada misericordiosa del Espíritu Santo—recogimiento profundo, pureza de corazón, fidelidad exquisita a la gracia, invocación frecuente del divino Espíritu, etc.—, he aquí algunos medios relacionados más de cerca con el don de temor:

a) MEDITAR CON FRECUENCIA EN LA INFINITA GRANDEZA Y MAJESTAD DE DIOS.—Nunca, ni con mucho, podremos llegar a adquirir con nuestros pobres esfuerzos discursivos el conocimiento contemplativo, vivísimo y penetrante, que proporcionan los dones del Espíritu Santo. Pero algo podemos hacer reflexionando en el poder y majestad de Dios, que sacó todas las cosas de la nada al solo imperio de su voluntad (Gen 1,1), que llama por su nombre a las estrellas y acuden en el acto temblando de respeto (Bar 3,33-36), que es más admirable e imponente que el mar embravecido (Sal 92,4), que vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad a juzgar a los vivos y a los muertos (Le 21,27) y ante el que eternamente temblarán de respeto los principados y potestades angélicas: *tremunt potes lates*.

b) ACOSTUMBRARSE A TRATAR A DIOS CON CONFIANZA FILIAL, PERO LLENA DE REVERENCIA Y RESPETO.—No olvidemos nunca que Dios es nuestro Padre, pero también el Dios de tremenda grandeza y majestad. Con frecuencia las almas piadosas se olvidan de esto último y se permiten en el trato con Dios familiaridades excesivas, llenas de irreverente atrevimiento. Es increíble, ciertamente, hasta qué punto lleva el Señor su confianza y familiaridad con las almas que le son gratas, pero *es preciso que tome El la iniciativa*. Mientras tanto, el alma debe permanecer en una actitud reverente y sumisa, que, por otra parte, está muy lejos de perjudicar a la dulce confianza e intimidad propia de los hijos adoptivos.

² ANTONIO ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, cap 8, punto 9.

c) MEDITAR CON FRECUENCIA EN LA INFINITA MALICIA DEL PECADO Y CONCEBIR UN GRAN HORROR HACIA ÉL. — Los motivos del amor son de suyo más poderosos y eficaces que los del temor para evitar el pecado como ofensa de Dios. Pero también éstos contribuyen poderosamente a detenernos ante el crimen. El recuerdo de los terribles castigos que Dios tiene preparados para los que desprecian definitivamente sus leyes sería muy bastante para hacernos huir del pecado si lo meditáramos con seriedad y prudente reflexión. «*Es horrendo—dice San Pablo—caer en las manos del Dios vivo*» (Heb 10,31). Hemos de pensarlo con frecuencia, sobre todo cuando la tentación venga a poner ante nosotros los halagos del mundo o de la carne. Hay que procurar concebir un horror tan grande al pecado, que estemos prontos y dispuestos a perder todas las cosas y aun la propia vida antes que cometerlo. Para ello nos ayudará mucho la *huída de las ocasiones peligrosas*, que nos acercarían al pecado; la fidelidad al *examen* diario de *conciencia*, para prevenir las faltas voluntarias y llorar las que se nos hayan escapado; y, sobre todo, la *consideración de Jesucristo crucificado*, víctima propiciatoria por nuestros crímenes y pecados.

d) PONER ESPECIAL CUIDADO EN LA MANSEDUMBRE Y HUMILDAD EN EL TRATO CON EL PRÓJIMO.—El que tenga conciencia clara de que el Dios de la infinita majestad le ha perdonado misericordiosamente diez mil talentos, ¿cómo osará exigir con altanería y desprecio los cien denarios que acaso pueda deberle un consiervo hermano suyo? (cf. Mt 18,23-35). Hemos de perdonar cordialmente las injurias, tratar a todos con exquisita delicadeza, con profunda humildad y mansedumbre, teniéndolos a todos por mejores que nosotros (al menos en cuanto que probablemente no hubieran resistido a la gracia tanto como nosotros si hubieran recibido los dones que Dios nos ha dado con tanta abundancia y prodigalidad). El que haya cometido en su vida algún pecado mortal, ya nunca podrá humillarse bastante: es un «rescatado del infierno», y ningún lugar tan bajo puede haber fuera de él que no sea demasiado alto y encumbrado para el que mereció un puesto eterno a los pies de Satanás.

e) PEDIR CON FRECUENCIA AL ESPÍRITU SANTO EL TEMOR REVERENCIAL DE DIOS.—En fin de cuentas, toda disposición perfecta es un don de Dios que sólo por la humilde y perseverante oración podemos alcanzar. La liturgia católica está llena de fórmulas sublimes: «*Se estremece mi carne por temor a ti y temo tus juicios*» (Sal 118,120); «*Mantén para con tu siervo tu oráculo, que prometiste a los que te temen*» (Sal 118,38), etc. Estas y otras fórmulas parecidas han de brotar frecuentemente de nuestro corazón y de nuestros labios, bien convencidos de que «*el temor de Dios es el principio de la sabiduría*» (Eclo 1,15) y de que es menester obrar nuestra salvación «*con temor y temblor*» (Flp 2,12), siguiendo el consejo que nos da el mismo Espíritu Santo por medio del salmista: «*Servid al Señor con temor rendidle homenaje con temblor*» (Sal 2,11).

EL DON DE LA FORTALEZA³

En la escala ascendente de los dones del Espíritu Santo ocupa el segundo lugar el don de **fortaleza**, encargado primariamente de perfeccionar la virtud infusa del mismo nombre. Vamos a estudiarlo con el cuidado y atención que merece su gran importancia en la vida espiritual.

³ *Idem*, cap. 9.

1. Naturaleza del don de fortaleza

El don de fortaleza es un hábito sobrenatural que robustece al alma para practicar, por instinto del Espíritu Santo, toda clase de virtudes heroicas con invencible confianza en superar los mayores peligros o dificultades que puedan surgir. Expliquemos un poco la definición, palabra por palabra. Es UN HÁBITO SOBRENATURAL, como los demás dones y virtudes infusas. QUE ROBUSTECE EL ALMA. Precisamente tiene por misión elevar sus fuerzas hasta el plano de lo divino, como veremos en seguida. PARA PRACTICAR POR INSTINTO DEL ESPÍRITU SANTO. ES lo propio y específico de los dones. Bajo su acción, el alma no discurre ni razona; obra por un impulso interior, a manera de instinto, que procede directa o inmediatamente del mismo Espíritu Santo, que pone en marcha sus dones.

TODA CLASE DE VIRTUDES HEROICAS.—Aunque la virtud que el don de fortaleza viene a perfeccionar y sobre la que recae directamente es la de su mismo nombre, sin embargo, su influencia llega a todas las demás virtudes, cuya práctica **en grado heroico** supone una fortaleza de alma verdaderamente extraordinaria, que no podría proporcionar la sola virtud abandonada a sí misma. Por eso, el don de fortaleza, que tiene que abarcar tantos y tan diversos actos de virtud, necesita, a su vez, ser gobernado por el don de consejo «Este don—advierte el P. Lallemand—es una disposición habitual que pone el Espíritu Santo en el alma y en el cuerpo para hacer y sufrir cosas extraordinarias, para emprender las acciones más difíciles, para exponerse a los daños más temibles, para superar los trabajos más rudos, para soportar las penas más horrendas; y esto constantemente y de una manera heroica».

CON INVENCIBLE CONFIANZA.—Es una de las más claras notas de diferenciación entre la virtud y el don de fortaleza. También la virtud—dice Santo Tomás—tiene por misión robustecer al alma para sobrellevar cualquier dificultad o peligro; pero proporcionarle la invencible confianza de que los superará de hecho pertenece al don de fortaleza. Exponiendo este punto concreto, escribe con acierto el P. Arrighini «A pesar de la semejanza de la definición, no se debe confundir el don de fortaleza con la virtud cardinal del mismo nombre. Porque, si bien suponen ambos una cierta firmeza y energía de espíritu, la virtud de la fortaleza tiene sus límites en la potencia humana, que nunca podrá sobrepasar; pero el don del mismo nombre, en cambio, se apoya en la potencia divina, según la expresión del profeta: «*Con mi Dios traspasaré la muralla*» (Sal 18,30), o sea traspasaré todos los obstáculos que puedan surgir para alcanzar el último fin. Secundariamente, si la virtud cardinal de la fortaleza proporciona el suficiente coraje para afrontar en general tales obstáculos, no infunde, sin embargo, la confianza de afrontarlos y superarlos todos, como hace el don análogo del Espíritu Santo. Además, la virtud de la fortaleza, precisamente porque se encuentra limitada por la potencia humana, no se extiende igualmente a toda clase de dificultades; y por eso se da el caso de quien supera fácilmente las tentaciones de orgullo, pero no tanto las de la carne; o quien evita cierta clase de peligros, pero no otros, etc. El don de fortaleza, en cambio, apoyándose completamente en la divina omnipotencia, se extiende a todo, se basta para todo y hace exclamar con Job: «*Ponme, Dios mío, junto a ti y venga a asaltarme el que quiera*» (Job 17,3). En fin, la virtud de la fortaleza no siempre consigue su objeto, ya que no es propio del hombre superar todos los peligros y vencer en todas las luchas; pero Dios puede muy bien hacer esto, y como el don de fortaleza nos infunde precisamente la divina potencia, podrá el hombre con él superar ágilmente todo peligro y enemigo, combatir y vencer en toda batalla y repetir con el Apóstol: «*Todo lo puedo en aquel que me conforta*» (Flp 4,13). Por todo esto se comprende fácilmente que el don de fortaleza sea muy superior a la virtud del mismo nombre. Esta trae su energía de la gracia hasta el punto en que lo consiente la humana potencia; aquél hasta el

punto que sea necesario para combatir y vencer. La primera hace obrar siempre al **modo humano**; el segundo, al **modo divino**. La fortaleza, como virtud, va siempre unida al freno y al juicio de la prudencia cristiana; el don, en cambio, empuja a resoluciones que, sin él, parecerían ser presunciones, temeridades, exageraciones. Precisamente a esto se deben las críticas y los falsos juicios que incluso hombres sensatos y creyentes se permiten hacer en torno a ciertos heroísmos de nuestros santos. Los juzgan según la prudencia, incluso cristiana si se quiere; los juzgan del modo que podrían obrar ellos mismos. Pero no piensan que en los santos hay otro motor mucho más alto y potente que puede hacerles correr y saltar a alturas inalcanzables con sus pobres piernas. Es preciso tener esto muy en cuenta para juzgar con acierto esas aparentes locuras de los santos». Hay, en efecto, una gran diferencia entre las posibilidades de la virtud **adquirida**, la virtud **infusa** y el **don** de fortaleza, aunque lleven los tres el mismo nombre. Y así: **a) La fortaleza natural o adquirida** robustece el alma para sobrellevar los mayores trabajos y exponerse a los mayores peligros, como vemos en muchos héroes paganos; pero no sin cierto temblor y ansiedad, nacido de la clara percepción de la flaqueza de las propias fuerzas, únicas con que se cuenta. **b) La fortaleza infusa** se apoya, ciertamente, en el auxilio divino—que es de suyo omnipotente e invencible—, pero se conduce en su ejercicio al **modo humano**, o sea según la regla de la razón iluminada por la fe, que no acaba de quitarle del todo al alma el temor y temblor. **c) El don de fortaleza**, en cambio, le hace sobrellevar los mayores males y exponerse a los más inauditos peligros con gran confianza y seguridad, por cuanto la mueve el propio Espíritu Santo no mediante el dictamen de la simple prudencia, sino por la altísima dirección del don de consejo, o sea por razones enteramente sobrenaturales y divinas

2. Importancia y necesidad

El don de fortaleza es absolutamente necesario para la perfección de la virtud cardinal del mismo nombre, para la de todas las virtudes infusas y, a veces, incluso para la simple permanencia en el estado de gracia. Veámoslo en particular.

a) PARA LA PERFECCIÓN DE LA VIRTUD CARDINAL DE LA FORTALEZA.—La razón fundamental es la que hemos ya indicado más arriba. Aunque la virtud de la fortaleza tiende de suyo a robustecer al alma contra toda clase de dificultades y peligros, no lo acaba de conseguir del todo mientras permanezca sometida al régimen de la razón iluminada por la fe (**modo humano**). Es preciso que el don de fortaleza le arranque de cuajo todo motivo de temor o indecisión al someterla a la moción directa e inmediata del Espíritu Santo (**modo divino**), que le da una confianza y seguridad inquebrantables. He aquí cómo expone esta doctrina el P. Arrighini: «El primer efecto del don de fortaleza es el de completar la virtud cardinal del mismo nombre y llevarla hasta donde ella sola, con las solas energías humanas de que puede disponer, no llegaría nunca. Es necesario convenir que a tales energías el don de fortaleza añade otras sobrenaturales que vigorizan la voluntad, inflaman el sentimiento, excitan la fantasía y todas las otras facultades más nobles del alma para disponerlas serenamente a los mayores riesgos. La experiencia demuestra, además, que muchas veces el sobrenatural vigor de un tal don se extiende también al cuerpo, comunicándole una resistencia y energía muy superior a la ordinaria y que no puede menos de llenar de estupor a quien no conozca la divina fuente de donde brota. En virtud de esta fuente, o sea de la fortaleza infusa por el Espíritu Santo especialmente en el sacramento de la confirmación, el mundo ha podido contemplar, a lo largo de veinte siglos, increíbles maravillas. Ha visto millones de almas de ricos y pobres, de doctos e ignorantes, de viejos y jóvenes, viviendo en todos los estados y condiciones, bajo todas las latitudes, en medio de todos los peligros, fuertes, llenos de coraje,

constantes en la ejecución de sus deberes cristianos, en superar las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne, en combatir y vencer toda clase de enemigos y peligros. El propio Espíritu Santo rinde por boca de San Pablo su propio testimonio: «Por la fe subyugaron reinos, ejercieron la justicia alcanzaron las promesas, obstruyeron la boca de los leones, extinguieron la violencia del fuego, escaparon al filo de la espada, convalecieron de la enfermedad, se hicieron fuertes en la guerra, desbarataron los campamentos de los extranjeros» (Heb 11,33-34). De este modo conocemos lo que tantos cristianos han hecho con el don de fortaleza. Veamos ahora lo que han soportado y padecido: «Las mujeres recibieron sus muertos resucitados; otros fueron sometidos a tormento, rehusando la liberación por alcanzar una resurrección mejor; otros soportaron irrisiones y azotes, aún más, cadenas y cárceles; fueron apedreados, tentados, aserrados, murieron al filo de la espada, anduvieron errantes, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, necesitados, atribulados, maltratados; aquellos de quienes no era digno el mundo, perdidos por los desiertos y por los montes, por las cavernas y por las grietas de la tierra» (Heb 11,35-38). He aquí lo que todo el mundo ha podido ver y admirar».

b) PARA LA PERFECCIÓN DE LAS DEMÁS VIRTUDES INFUSAS.—Únicamente puede llamarse perfecta una virtud cuando su acto brota del alma con energía, prontitud e inquebrantable perseverancia. Ahora bien, este heroísmo continuo y jamás desmentido es francamente sobrenatural, y no puede explicarse satisfactoriamente más que por la actuación del **modo sobrehumano** de los dones del Espíritu Santo, particularmente—en este sentido—del don de fortaleza.

c) PARA PERMANECER EN ESTADO DE GRACIA.— Hay ocasiones en que el dilema se presenta inexorablemente: el heroísmo o el pecado mortal, una de dos. En estos casos—mucho más frecuentes de lo que se cree—no basta la simple virtud de la fortaleza. Precisamente por lo violento, repentino e inesperado de la tentación—cuya aceptación o repulsa, por otra parte, es cuestión de un segundo—no es suficiente el modo lento y discursivo de las virtudes de la prudencia y fortaleza; es menester la intervención rápida de los dones de **consejo** y de **fortaleza**. Precisamente—como ya vimos—se funda el Doctor Angélico en este argumento para proclamar la necesidad de los dones, incluso para la salvación eterna «Este don—escribe a este propósito el P. Lallemand— es extremadamente necesario en ciertas ocasiones en las que se siente uno combatido por tentaciones apremiantes, a las que, si se quiere resistir, es preciso resolverse a perder los bienes, el honor o la vida. En estos casos, el Espíritu Santo ayuda poderosamente con su consejo y su fortaleza al alma fiel que, desconfiando de sí misma y convencida de su debilidad y de su nada, implora su auxilio y pone en El toda su confianza. En estos trances, las gracias comunes no son suficientes; se precisan luces y auxilios extraordinarios. Por esto, el profeta Isaías enumera juntamente los dones de consejo y de fortaleza; el primero, para iluminar el espíritu, y el otro, para fortalecer el corazón». Insistiendo en estas razones y concretándolas con relación a los tres principales enemigos del alma, escribe otro excelente autor «Por todo cuanto acabamos de decir, se comprende sin esfuerzo que el don de fortaleza no es necesario únicamente a los héroes, a los mártires o al cumplimiento de extraordinarias empresas; no menos que los otros dones del Espíritu Santo, es, a veces, necesario indistintamente a todos los hombres para conseguir su eterna salvación y, por lo mismo, para vivir cristianamente y combatir y vencer en esta gran batalla que es la vida del hombre sobre la tierra, como nos lo advierte el propio Espíritu Santo por boca de Job: «*La vida del hombre sobre la tierra es una milicia*» (**Job 7,1**). La experiencia lo demuestra. Es una continua batalla contra todo y contra todos. Contra nuestra misma naturaleza corrompida, puesto que todos—no excluido el propio Apóstol, que fue arrebatado

hasta el tercer cielo— «*sentimos en nuestros miembros otra ley que repugna a la ley de Dios y nos empuja al pecado*» (Rom 7,23), a la que es preciso resistir si no se quiere llegar a la desoladora conclusión de aquel poeta pagano que decía: «Veo lo mejor y lo apruebo, pero hago lo peor» ". a) **Batalla contra nuestras pasiones.**—A manera de perro ladrador—dice el P. Lacordaire—, se agazapan en el fondo del corazón, dispuestas a ladrar y a morder en cualquier mínima ocasión. Basta una insignificancia: la vista de una persona, la lectura de una página de una novela o de un periódico, una palabra, una sonrisa, un gesto, para despertarlas súbitamente; pero ¡cuántas luchas y fatigas para frenarlas y someterlas a la recta razón! b) **Batalla contra el mundo.**—Contra su moral corrompida y corruptora, las malas compañías, sus innumerables seducciones, sus modas escandalosas, sus placeres, sus fiestas impuras... Es imposible—decía el mismo Platón, aunque pagano—vivir honestamente por mucho tiempo en medio del mundo; un ángel mismo acabaría por caer sin un socorro especial del Espíritu Santo. c) **Batalla contra el demonio.**—Es el enemigo peor y el más terrible. No se le ve, no se le siente, no se sabe de dónde viene y a dónde va. Pero es cierto, como dice San Pedro, que se encuentra por todas partes y se agita en torno nuestro «como león rugiente, buscando a quién devorar» (1 Pe 5,8). Si el mismo Cristo nuestro Señor fue tentado tres veces por el demonio, ¿quién podrá permanecer seguro y tranquilo? Todos debemos continuamente combatir. Contra nosotros mismos, contra nuestras pasiones, contra el mundo, contra el demonio. Y todavía restan otros muchos enemigos: las enfermedades que atentan contra la salud, las desventuras, las desgracias, los sinsabores que nunca faltan, preocupaciones, fastidios... Con razón decía Job que la vida del hombre sobre la tierra es una continua e inacabable lucha. Ahora bien, ¿cómo podrá el hombre por sí solo—aunque sea ayudado con la sola virtud cristiana de la fortaleza, que pone en ejercicio únicamente sus energías humanas—, no ya superar, pero ni siquiera afrontar tantos y tan poderosos enemigos? Se comprende sin esfuerzo que le será necesaria alguna cosa más, una ayuda divina, una fortaleza estrictamente sobrehumana, que es precisamente la que puede infundirle en su alma y en sus mismos miembros el don del divino Espíritu.»

3. Efectos que produce en el alma

Son admirables los efectos que produce en el alma el don de fortaleza. He aquí los principales:

1) PROPORCIONA AL ALMA UNA ENERGÍA INQUEBRANTABLE EN LA PRÁCTICA DE LA VIRTUD.—Es una consecuencia inevitable del **modo sobrehumano** con que a través del don se practica la virtud de la fortaleza. El alma no conoce desfallecimientos ni flaquezas en el ejercicio de la virtud. Siente, naturalmente, el peso del día y del calor, pero con energía sobrehumana sigue impertérrita hacia adelante a pesar de todas las dificultades. Acaso nadie con tanta fuerza y energía haya sabido exponer las disposiciones de estas almas como Santa Teresa de Jesús cuando escribe estas palabras: «Digo que importa mucho, y el todo, **una grande y muy determinada determinación** de no parar hasta llegar a ella (la perfección), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabajase lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera o en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo» Esto es francamente **sobrehumano** y efecto clarísimo del don de fortaleza. El P. Meynard resume muy bien los principales efectos de esta energía sobrehumana en la siguiente forma: «Los efectos del don de fortaleza son interiores y exteriores. El interior es un vasto campo abierto a todas las generosidades y sacrificios, que llegan con frecuencia al heroísmo; son luchas incesantes y victoriosas contra las sollicitaciones de Satanás, contra el amor y la rebusca de sí mismo, contra la impaciencia. En el exterior son nuevos y magníficos triunfos obtenidos por

el Espíritu Santo contra el error y el vicio; y también nuestro pobre cuerpo, participando de los efectos de una fortaleza verdaderamente divina y entregándose con ardor, ayudado sobreabundantemente, a las prácticas de la mortificación o sufriendo sin desfallecer los más crueles dolores. El don de fortaleza es, pues, verdaderamente el principio y la fuente de grandes cosas emprendidas o sufridas por Dios».

2) **DESTRUYE POR COMPLETO LA TIBIEZA EN EL SERVICIO DE DIOS.**—Es una consecuencia natural de esta energía sobrehumana. La tibieza—verdadera tuberculosis del alma, que a tantos tiene completamente paralizados en el camino de la perfección—obedece casi siempre a la falta de energía y fortaleza en la práctica de la virtud. Les resulta demasiado cuesta arriba tener que vencerse en tantas cosas y mantener su espíritu un día y otro día en la monotonía del cumplimiento exacto del deber hasta en sus detalles más mínimos. La mayoría de las almas desfallecen de cansancio y renuncian a la lucha, entregándose a una vida rutinaria, mecánica y sin horizontes, cuando no vuelven del todo las espaldas y abandonan por completo el camino de la virtud. Sólo el don de fortaleza, robusteciendo en grado sobrehumano las fuerzas del alma, es remedio proporcionado y eficaz para destruir en absoluto y por completo la tibieza en el servicio de Dios.

3) **HACE AL ALMA INTREPIDA Y VALIENTE ANTE TODA CLASE DE PELIGROS O ENEMIGOS.**—Es otra de las grandes finalidades o efectos del don de fortaleza, que aparece con caracteres impresionantes en la vida de los santos. Los apóstoles, cobardes y miedosos, abandonan a su Maestro en la noche del jueves santo—¡aquel Pedro que le negó tres veces después de haberle prometido que moriría por Él!—, se presentan ante el pueblo en la mañana de Pentecostés con una entereza y valentía sobrehumanas. No temen a nadie. No tienen para nada en cuenta la prohibición de predicar en nombre de Jesús impuesta por los jefes de la Sinagoga, porque «*es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres*» (Act 5,29). Son apaleados y afrentados, y salen del concilio «*contentos y alegres de haber sufrido aquel ultraje por el nombre de Jesús*» (Act 5,41). Todos confesaron a su Maestro con el martirio. Y aquel Pedro que se acobardó de tal modo ante una mujerzuela, que no vaciló en negar a su Maestro, muere con increíble entereza, crucificado cabeza abajo, confesando al Maestro, a quien negó. Todo esto era perfectamente sobrehumano, efecto del don de fortaleza que recibieron los apóstoles, con una plenitud inmensa, en la mañana de Pentecostés. Después de ellos son innumerables los ejemplos en las vidas de los santos. Apenas se conciben las dificultades y peligros que hubieron de vencer un San Luis, rey de Francia, para ponerse al frente de la cruzada; una Santa Catalina de Siena para hacer regresar al papa a Roma; una Santa Teresa para reformar toda una orden religiosa; una Santa Juana de Arco para luchar con las armas contra los enemigos de Dios y de su patria, etc. Eran verdaderas montañas de peligros y dificultades las que les salían al paso; pero nada era capaz de detenerles: puesta su confianza únicamente en Dios, seguían adelante con energía sobrehumana hasta ceñir su frente con el laurel de la victoria. Era sencillamente un efecto maravilloso del don de fortaleza que dominaba su espíritu.

4) **HACE SOPORTAR LOS MAYORES DOLORES CON GOZO Y ALEGRÍA.**—La resignación, con ser una virtud muy laudable, es, sin embargo, imperfecta. Los santos propiamente no la conocen. No se **resignan** ante el dolor: le salen gozosos a su encuentro. Y unas veces **esta locura de la cruz** se manifiesta en penitencias y maceraciones increíbles (María Magdalena, Margalita de Cortona, Enrique Susón, Pedro de Alcántara), y otras en una paciencia heroica, con la que soportan, con el cuerpo destrozado, pero con el alma radiante de alegría, los mayores sufrimientos, enfermedades y dolores. «He llegado a no poder sufrir—decía Santa Teresita del Niño Jesús—, porque me es dulce todo padecimiento» ¡Lenguaje de

heroísmo, verdaderamente sobrehumano, que procede directa e inmediatamente de la actuación intensísima del don de fortaleza! Los ejemplos son innumerables en las vidas de los santos.

5) PROPORCIONA AL ALMA EL «HEROÍSMO DE LO PEQUEÑO», ADEMÁS DEL HEROÍSMO DE LO GRANDE.—No se necesita mayor fortaleza para sufrir de un golpe el martirio que para soportar sin el menor desfallecimiento ese **martirio a alfilerazos** que constituye la práctica heroica del deber de cada día, con sus mil menudos detalles y pequeñas incidencias. Ser obstinadamente fiel al deber de cada día, sin permitir jamás la menor infracción voluntaria, supone un heroísmo constante, que sólo puede proporcionarlo al alma la actuación intensa del don de fortaleza.

4. Bienaventuranzas y frutos correspondientes

Santo Tomás, siguiendo a San Agustín, atribuye al don de fortaleza la cuarta bienaventuranza: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de santidad, porque ellos serán hartos» (Mt 5,6), porque la fortaleza recae sobre cosas arduas y difíciles; y desear santificarse, no de cualquier manera, sino con verdadera hambre y sed, es en extremo arduo y difícil. Y así vemos, en efecto, que las almas dominadas por el don de fortaleza tienen un deseo insaciable de hacer y de sufrir grandes cosas por Dios. Ya en este mundo comienzan a recibir la recompensa con el crecimiento de las virtudes y los goces espirituales intensísimos con que Dios llena frecuentemente sus almas. Los frutos del Espíritu Santo que responden a este don son la **paciencia** y la **longanimidad**. El primero, para soportar con heroísmo los sufrimientos y males; el segundo, para no desfallecer en la práctica prolongada del bien

5. Vicios opuestos

Según San Gregorio al don de fortaleza se oponen el **temor desordenado o timidez**, acompañado muchas veces de cierta **flojedad natural**, que proviene del amor a la propia comodidad, nos impide emprender grandes cosas por la gloria de Dios y nos impulsa a huir de la abyección y del dolor.

«No se puede decir—escribe el P. Lallemand—de cuántas omisiones nos hace culpables el miedo. Son muy pocas las personas que hacen por Dios y por el prójimo todo cuanto podrían hacer. Es preciso imitar a los santos, no temiendo más que al pecado, como San Juan Crisóstomo; enfrentándonos con toda clase de riesgos y peligros, como San Francisco Javier; deseando afrentas y persecuciones, como San Ignacio.»

6. Medios de fomentar este don

Además de los medios generales para el fomento de los dones (recogimiento, oración, fidelidad a la gracia, invocar al Espíritu Santo, etc.), afectan muy de cerca al don de fortaleza los siguientes, entre otros muchos:

a) ACOSTUMBRARSE AL CUMPLIMIENTO EXACTO DEL DEBER A PESAR DE TODAS LAS REPUGNANCIAS.—Hay heroísmos que acaso no estén a nuestro alcance con las fuerzas de que disponemos actualmente; pero es indudable que con la simple ayuda de la gracia ordinaria, que Dios no niega a nadie, podríamos hacer mucho más de lo que hacemos. Nunca, ni con mucho, podremos llegar al heroísmo de los santos hasta que actúe intensamente en nosotros el don de fortaleza; pero esta actuación no suele producirla el Espíritu Santo para premiar la flojedad y pereza voluntarias. Al que hace lo que puede, no le faltará la ayuda de Dios; pero nadie puede quejarse de no experimentarla si ni siquiera hace lo que puede. «A Dios rogando y con el mazo dando.»

b) NO PEDIR A DIOS QUE NOS QUITTE LA CRUZ, SINO ÚNICAMENTE QUE NOS DÉ FUERZA PARA SOBRELLEVARLA SANTAMENTE.—El don de fortaleza se da a los santos para que puedan resistir las grandes cruces y tribulaciones por las que inevitablemente tiene que pasar todo aquel que quiera llegar a la cumbre de la santidad. Ahora bien, si al experimentar cualquier dolor o sentir el peso de una cruz que la Providencia nos envía, empezamos a quejarnos y a pedirle a Dios que nos la quite, ¿de qué nos maravillamos si no vienen en nuestra ayuda los dones del Espíritu Santo? Si, al probarnos en cosas pequeñas, Dios nos halla flacos, ¿cómo va a seguir adelante en su acción divina purificadora? No nos quejemos de las cruces; pidamos al Señor tan sólo que nos dé fuerzas para llevarlas. Y esperemos tranquilos, que pronto sonará la hora de Dios. Jamás se dejará vencer en generosidad.

c) PRACTIQUEMOS, CON VALENTÍA O DEBILIDAD, MORTIFICACIONES VOLUNTARIAS.—No hay nada que tanto fortalezca contra el frío como acostumbrarse a vivir a la intemperie. El que se abraza voluntariamente con el dolor acaba por no temblar ante él y hasta por encontrar verdadero gusto en experimentarlo. No se trata de que nos destrocemos a golpes de disciplina o practiquemos las grandes maceraciones de muchos santos: no está todavía el alma para ello. Pero esos mil pequeños detalles de la vida diaria: guardar silencio cuando se siente la comezón de hablar; no quejarse nunca de la inclemencia del tiempo, de la calidad de la comida, etc.; mostrarse cariñosos y serviciales con las personas antipáticas; recibir con humildad y paciencia las burlas, reprensiones y contradicciones, y otras mil cosillas por el estilo, podemos y debemos hacerlas violentándonos un poco con ayuda de la gracia ordinaria. Ni es menester sentirse valientes o esforzados para practicar estas cosas. Pueden llevarse a cabo aun en medio de nuestra flaqueza y debilidad. Santa Teresita del Niño Jesús se alegraba de sentirse tan débil y con tan pocas fuerzas, porque así ponía toda su confianza en Dios y todo lo esperaba de Él.

d) BUSQUEMOS EN LA EUCARISTÍA LA FORTALEZA PARA NUESTRAS ALMAS.—La Eucaristía es el pan de los ángeles, pero también el pan de los fuertes. ¡Cómo robustece y conforta al alma este alimento divino! San Juan Crisóstomo dice que hemos de levantarnos de la sagrada mesa con fuerzas de león para lanzarnos a toda clase de obras heroicas por la gloria de Dios²¹. Es que en ella nos ponemos en contacto directo y entrañable con Cristo, verdadero león de Judá (Ap 5,5), que se complace en transfundir a nuestras almas algo de su divina fortaleza.

DON DE PIEDAD⁴

El tercero de los dones del Espíritu Santo, en escala ascendente de menor a mayor, es el llamado don de piedad. Tiene por misión fundamental perfeccionar la virtud infusa del mismo nombre—derivada de la virtud cardinal de la justicia—, imprimiendo a nuestras relaciones con Dios y con el prójimo el sentido filial y fraterno que debe regular el trato de los hijos de una misma familia para con su padre y sus hermanos. El don de piedad nos comunica el **espíritu de la familia de Dios**. Vamos a estudiarlo cuidadosamente

⁴ *Idem*, cap 10.

1. Naturaleza del don de piedad

El don de piedad es un hábito sobrenatural infundado por Dios con la gracia santificante para excitar en nuestra voluntad, por instinto del Espíritu Santo, un afecto filial hacia Dios, considerado como Padre, y un sentimiento de fraternidad universal para con todos los hombres en cuanto hermanos nuestros e hijos del mismo Padre, que está en los cielos. En torno a esta definición conviene destacar lo *siguiente*:

- a) El don de piedad, como don **afectivo** que es, reside en la voluntad como potencia del alma.
- b) Se distingue de la virtud infusa del mismo nombre en que ésta tiende a Dios como Padre—lo mismo que el don—, pero con una **modalidad humana**, o sea regulada por la razón iluminada por la fe; mientras que el don lo hace **por instinto del Espíritu Santo**, o sea con una **modalidad divina**, incomparablemente más perfecta.
- c) El don de piedad se extiende a todos los hombres en cuanto hijos del mismo Padre, que está en los cielos. Y también a todo cuanto pertenece al culto de Dios—perfeccionando la virtud de la **religión** hasta el máximo—, y aun a toda la materia de la **justicia** y virtudes anejas, cumpliendo todas sus exigencias y obligaciones por un motivo más noble y una formalidad más alta, a saber: considerándolas como deberes para con sus hermanos los hombres, que son hijos y familiares de Dios. Así como la virtud de la piedad es la virtud **familiar** por excelencia, en un plano más alto y universal, es el don del mismo nombre el encargado de unir y congregar, bajo la amorosa mirada del Padre celestial, a toda la gran familia de los hijos de Dios.

2. Importancia y necesidad

El don de piedad es absolutamente necesario para perfeccionar hasta el heroísmo la materia perteneciente a la virtud de la **justicia** y a todas sus derivadas, especialmente la **religión** y la **piedad**, sobre las que recae de una manera más inmediata y principal. ¡Qué distinto es, por ejemplo, practicar el culto de Dios únicamente bajo el impulso de la virtud de la **religión**, que nos lo presenta como Creador y Dueño soberano de todo cuanto existe, a practicarlo por el instinto del don de piedad, que nos hace ver en El a un Padre amorosísimo que nos jma con infinita ternura! Las cosas del servicio de Dios—culto, oración, sacrificio, etc.—se cumplen casi sin esfuerzo alguno, con exquisita perfección y delicadeza: se trata del servicio del **Padre**, no ya del Dios de tremenda majestad. Y en el trato de los hombres, ¡qué nota de acabamiento y exquisitez pone el sentimiento entrañable de que todos somos hermanos e hijos de un mismo Padre, a las exigencias, de suyo ya sublimes, de la caridad y de la justicia! Y aun en lo referente a las mismas cosas materiales, ¡cómo cambia todo de panorama! Porque para los que están profundamente gobernados por el don de piedad, la tierra y la creación entera son la «casa del Padre», en la que todo cuanto existe les habla de El y de su infinita ternura. Descubren sin esfuerzo el sentido religioso que late en todas las cosas. Todas ellas—incluso el lobo, los árboles, las flores y la misma muerte—son **hermanas** nuestras (SAN FRANCISCO DE ASÍS). Entonces es cuando las virtudes cristianas adquieren un matiz delicadísimo, de exquisita perfección y acabamiento, que fuera inútil exigir de ellas desligadas de la influencia del don de piedad. Sin los dones del Espíritu Santo—repetámoslo una vez más—ninguna virtud infusa puede llegar a su perfecto desarrollo y expansión. «La piedad—dice a este propósito el P. Lallemand— tiene una gran extensión en el ejercicio de la justicia cristiana. Se proyecta no solamente sobre Dios, sino sobre todo cuanto se relacione con El, como la **Sagrada Escritura**, que contiene su palabra; los **bienaventurados**, que lo poseen en la gloria; las **almas del purgatorio**, que se purifican para El; los **hombres** de la tierra, que caminan hacia EL Nos da espíritu de hijo para con los **superiores**, espíritu de padre para con los **inferiores**, espíritu

de hermano para con los **iguales**, entrañas de compasión para con **los que sufren** y una tierna inclinación a socorrerles y ayudarles... Es el que nos hace afligir con los afligidos, llorar con los que lloran, alegrarse con los que se alegran, soportar con dulzura las debilidades de los enfermos y las faltas de los imperfectos; en fin, hacerse todo para todos, como el gran apóstol San Pablo (1 Cor 9,22).

3. Efectos que produce en el alma

Son maravillosos los efectos que produce en el alma la actuación intensa del don de piedad. He aquí los principales:

1) UNA GRAN TERNURA FILIAL HACIA EL PADRE QUE ESTÁ EN LOS CIELOS.—Es el efecto primario y fundamental. El alma comprende perfectamente y vive con inefable dulzura aquellas palabras de San Pablo: *«Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor, antes habéis recibido el espíritu de **filiación adoptiva**, por el que clamamos: **Abba!** ¡Padre! El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos **hijos de Dios**» (Rom 8,15-16)*. Santa Teresita del Niño Jesús—en la que, como es sabido, brilló el don de piedad en grado sublime—no podía pensar en esto sin llorar de amor. «Al entrar cierto día en su celda una novicia, se detuvo sorprendida ante la celestial expresión de su rostro. Estaba cosiendo con gran actividad, y, no obstante, parecía abismada en profunda contemplación. —¿En qué pensáis?, le preguntó la joven hermana. —Estoy meditando el **Padrenuestro**, respondió ella. ¡Es tan dulce llamar a Dios **Padre nuestro!**... Y al decir esto, las lágrimas brillaban en sus ojos». Dom Columba Marmion, el célebre abad de Meredsous, poseía también en alto grado este sentimiento de nuestra filiación divina adoptiva. Para él, Dios es, ante todo y sobre todo, nuestro **Padre**. El monasterio es la «casa del Padre», y todos sus moradores forman la familia de Dios. Esto mismo hay que decirlo del mundo entero y de todos los hombres. Insiste repetidas veces, en todas sus obras, en la necesidad de cultivar este espíritu de adopción, que debe ser la actitud fundamental del cristiano frente a Dios. El mismo pedía mentalmente este espíritu de adopción al inclinarse en el **Gloria Patri** al final de cada salmo. He aquí un texto espléndido de su preciosa obra **Jesucristo en sus misterios**, que resume admirablemente su pensamiento: «No olvidemos jamás que toda la vida cristiana, como toda la santidad, se reduce a **ser por gracia lo que Jesús es por naturaleza: hijo de Dios**. De ahí la sublimidad de nuestra religión. La fuente de todas las preeminencias de Jesús, el valor de todos sus estados, de la fecundidad de todos sus misterios, está en su generación divina y en su calidad de Hijo de Dios. Por eso, el santo más encumbrado en el cielo será el que en este mundo fuere mejor hijo de Dios, el que mejor hiciere fructificar la gracia de adopción sobrenatural en Jesucristo». La plegaria predilecta de estas almas es el **Padrenuestro**. Encuentran en ella tesoros insondables de doctrina y dulzuras inefables de devoción, como le ocurría a Santa Teresa de Jesús: «Espántame ver que en tan pocas palabras está toda la contemplación y perfección encerrada, que parece no hemos menester otro libro, sino estudiar en éste» Y su angelical hija Santa Teresita del Niño Jesús escribe que el Padrenuestro y el Avemaria «son las únicas oraciones que me elevan, las que nutren mi alma a lo divino; ellas me bastan»

2) NOS HACE ADORAR EL MISTERIO INEFABLE DE LA PATERNIDAD DIVINA INTRATRINITARIA.—En sus manifestaciones más altas y sublimes, el don de piedad nos hace penetrar en el misterio de la vida íntima de Dios, dándonos un sentimiento vivísimo, transido de respeto y adoración, de la divina paternidad del Padre con respecto al Verbo eterno. Ya no se trata tan sólo de su paternidad espiritual sobre nosotros por la gracia, sino de su divina

paternidad, eternamente fecunda en el seno de la Trinidad Beatísima. El alma se complace con inefable dulzura en el misterio de la generación eterna del Verbo, que constituye, si es lícito hablar así, la felicidad misma de Dios. Y ante esta perspectiva soberana, siempre eterna y siempre actual, el alma siente la necesidad de anonadarse, de callar y de amar, sin más lenguaje que el de la adoración y las lágrimas. Gusta repetir en lo más hondo de su espíritu aquella sublime expresión del **Gloria** de la misa: «Te damos gracias por tu inmensa gloria: **propter magnam gloriam tuam**». Es el culto y la adoración de la Majestad divina **por sí misma**, sin ninguna relación con los beneficios que de ella hayamos podido recibir. Es el **amor puro** en toda su impresionante grandeza, sin mezcla alguna de elementos humanos egoístas.

3) UN FILIAL ABANDONO EN LOS BRAZOS DEL PADRE CELESTIAL.—Intimamente penetrada del sentimiento de su filiación divina adoptiva, el alma se abandona tranquila y confiada en brazos de su Padre celestial. Nada le preocupa ni es capaz de turbar un instante la paz inalterable de que goza. No pide nada ni rechaza nada en orden a su salud o enfermedad, vida corta o larga, consuelos o arideces, energía o debilidad, persecuciones o alabanzas, etc. se abandona totalmente en brazos de Dios, y lo único que pide y ambiciona es glorificarle con todas sus fuerzas y que todos los hombres reconozcan su filiación divina adoptiva y se porten como verdaderos hijos de Dios, alabando y glorificando al Padre que está en los cielos.

4) NOS HACE VER EN EL PRÓJIMO A UN HIJO DE DIOS y HERMANO EN JESUCRISTO.—Es una consecuencia natural de la filiación adoptiva de la gracia. Si Dios es nuestro Padre, todos somos hijos de Dios y hermanos en Jesucristo, en acto o al menos en potencia. Pero ¿con qué fuerza perciben y viven esta verdad tan sublime las almas dominadas por el don de piedad! Aman a todos los hombres con apasionada ternura, viendo en ellos a hermanos queridísimos en Cristo, a los que quisieran colmar de toda clase de gracias y bendiciones. De este sentimiento desborda el alma de San Pablo cuando escribía a los Filipenses (4,1): «Así que, hermanos míos amadísimos y muy deseados, mi alegría y mi corona, perseverad firmes en el Señor, carísimos». Llevada de estos entrañables sentimientos, el alma se entrega a toda clase de obras de misericordia hacia los desgraciados, considerándolos como verdaderos hermanos y sirviéndoles para complacer al Padre de todos. Todos cuantos sacrificios le exija el servicio del prójimo—aun del ingrato y desagradecido—le parecen poco. En cada uno de ellos ve a Cristo, el Hermano mayor, y hace por él lo que haría con el mismo Cristo. Y todo cuanto hace—con ser heroico y sobrehumano muchas veces—le parece tan natural y sencillo, que se admiraría muchísimo y le causaría gran extrañeza que alguien lo ponderase como si tuviera algún valor: «¡Pero si es mi hermano!», se limitaría a responder. Todos sus movimientos y operaciones en servicio del prójimo los realiza pensando en el Padre común, como propios y debidos a hermanos y familiares de Dios (cf. Ef 2,19); y esto hace que todos ellos vengan a ser actos de **religión** de un modo sublime y eminente. Aun el amor y la piedad que profesa a sus familiares y consanguíneos están profundamente penetrados de esta visión más alta y sublime, que los presenta como hijos de Dios y hermanos en Jesucristo.

5) NOS MUEVE AL AMOR Y DEVOCIÓN A LAS PERSONAS Y COSAS RELACIONADAS DE ALGÚN MODO CON LA PATERNIDAD DE DIOS O LA FRATERNIDAD CRISTIANA.—En virtud del don de piedad se perfecciona en el alma el amor filial hacia la **Santísima Virgen María**, a la que considera como tiernísima Madre y con la que tiene todas las confianzas y atrevimientos de un hijo para con la mejor de las madres. Ama con ternura a los **ángeles** y **santos**, que son sus hermanos mayores, que ya gozan

de la presencia continua del Padre en la mansión eterna de los hijos de Dios. A las **almas del purgatorio**, a las que atiende y socorre con sufragios continuos, considerándolas como hermanas queridas que sufren. Al **papa**, el dulce «Cristo en la tierra», que es la cabeza visible de la Iglesia y padre de toda la cristiandad. A los **superiores**, en los que se fija, sobre todo, en su carácter de **padres** más que en el de jefes o inspectores, sirviéndoles y obedeciéndoles en todo con verdadera alegría filial. A la **patria**, que quisiera verla empapada del espíritu de Jesucristo en sus leyes y costumbres y por la que derramaría gustosa su sangre o se dejaría quemar viva, como Santa Juana de Arco. A la **Sagrada Escritura**, que lee con el mismo respeto y amor que si se tratase de una carta del Padre enviada desde el cielo para decirle lo que tiene que hacer o lo que quiere de ella. A las **cosas santas**, sobre todo las que pertenecen al culto y servicio de Dios (vasos sagrados, custodias, etc.), en los que ve los instrumentos del servicio y glorificación del Padre. Santa Teresita estaba gozosísima de su oficio de sacristana, que le permitía tocar los vasos sagrados y ver su rostro reflejado en el fondo de los cálices...

4. Bienaventuranzas y frutos que de él se derivan

Según Santo Tomás, con el don de piedad se relacionan íntimamente tres de las bienaventuranzas evangélicas:

- a) **Bienaventurados los mansos**, porque la mansedumbre quita los impedimentos para el ejercicio de la piedad.
- b) **Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia**, porque el don de piedad perfecciona las obras de la virtud de la justicia y todas sus derivadas.
- c) **Bienaventurados los misericordiosos**, porque la piedad se ejercita también en las obras de misericordia corporales y espirituales. De los frutos del Espíritu Santo deben atribuirse directamente al don de piedad la **bondad** y la **benignidad**; e indirectamente la **mansedumbre**, en cuanto aparta los impedimentos para los actos de piedad*.

5. Vicios opuestos al don de piedad

Los vicios que se oponen al don de piedad pueden agruparse bajo el nombre genérico de **impiedad**. Porque, como precisamente al don de piedad corresponde ofrecer a Dios con filial afecto lo que le pertenece como Padre nuestro, todo aquel que de una forma o de otra quebrante voluntariamente este deber, merece propiamente el nombre de **impío**. Por otra parte, «la piedad, en cuanto don, consiste en cierta benevolencia sobrehumana hacia todos» considerándolos como hijos de Dios y hermanos nuestros en Cristo. Y, en este sentido, San Gregorio Magno opone al don de piedad la **dureza de corazón**, que nace de amor desordenado a nosotros mismos.

El P. Lallemand ha escrito una página admirable sobre esta **dureza de corazón**. HeLa aquí

«El vicio opuesto al don de piedad es la **dureza de corazón**, que nace del amor desordenado de nosotros mismos: porque este amor hace que naturalmente no seamos sensibles más que a nuestros propios intereses y que nada nos afecte sino lo que se relaciona con nosotros; que veamos las ofensas de Dios sin lágrimas, y las miserias del prójimo sin compasión; que no queramos incomodarnos en nada para ayudar a los otros; que no podamos soportar sus defectos; que arremetamos contra ellos por cualquier bagatela y que conservemos hacia ellos en nuestro corazón sentimientos de amargura y de venganza, de odio y antipatía. Al contrario, cuanto más caridad y amor de Dios tiene un alma, más sensible es a los intereses de Dios y del prójimo. Esta dureza es extrema en los grandes del mundo, en los ricos avaros, en las personas sensuales y en los que no ablandan su corazón por los ejercicios de piedad y por el uso de las

cosas espirituales. Se encuentra también con frecuencia en los sabios que no juntan la devoción con la ciencia, y que para lisonjearse de este defecto lo llaman solidez de espíritu; pero los verdaderos sabios han sido los más piadosos, como San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura, San Bernardo, y en la Compañía, Laínez, Suárez, Belarmino, Lesio. Un alma que no puede llorar sus pecados, al menos con las lágrimas del corazón, tiene mucho de impiedad o de impureza, o de ambas cosas a la vez, como sucede de ordinario a los que tienen el corazón endurecido. Es una gran desgracia cuando se estiman más en la religión los talentos naturales y adquiridos que la piedad. Veréis con frecuencia religiosos, y tal vez superiores, que dirán en voz alta que hacen mucho más caso de un espíritu capaz de atender muchos negocios que de todas esas pequeñas devociones, que son, dicen, buenas para mujeres, pero impropias de un espíritu sólido; llamando solidez de espíritu a esta dureza de corazón, tan opuesta al don de piedad. Deberían pensar estos tales que la devoción es un acto de la virtud de la religión, o un fruto de la religión y de la caridad, y que, por consiguiente, es preferible a todas las virtudes morales, ya que la religión sigue inmediatamente, en orden de dignidad, a las virtudes teologales. Cuando un padre grave o respetable por la edad o por los cargos que ha desempeñado en la religión testifica delante de los jóvenes religiosos que estima los grandes talentos y los empleos brillantes, o que prefiere a los que sobresalen por su ciencia o ingenio más que a los que no tienen tanto de estas cosas, aunque tengan más virtud y piedad, hace un grandísimo daño a esta pobre juventud. Es un veneno que se les inyecta en el corazón, y del que acaso no curarán jamás. Una palabra que se dice confidencialmente a otro es capaz de trastornarle completamente».

6. Medios de fomentar este don

Aparte de los medios generales para fomentar los dones del Espíritu Santo (recogimiento, oración, fidelidad a la gracia, etc.), se relacionan más de cerca con el don de piedad los siguientes:

a) CULTIVAR EN NOSOTROS EL ESPÍRITU DE HIJOS ADOPTIVOS DE DIOS.—No hay verdad que se nos inculque tantas veces en el Evangelio como la de que Dios es nuestro Padre. En sólo el sermón de la montaña lo repite el Señor catorce veces. Esta actitud de hijos ante el Padre destaca tanto en la Nueva Ley, que algunos han querido ver en ella la nota más típica y esencial del cristianismo. Nunca insistiremos bastante en fomentar en nuestra alma este espíritu de filial confianza y abandono en brazos de nuestro Padre amorosísimo. Dios es nuestro Creador, será nuestro Juez a la hora de la muerte; pero, ante todo y sobre todo, es siempre nuestro **Padre**. El don de temor nos inspira hacia Él una respetuosa reverencia—jamás **miedo**—, perfectamente compatible con la ternura y confianza filial que nos inspira el don de piedad. Sólo bajo la acción transformante de este don el alma se siente plenamente hija de Dios y vive con infinita dulzura su condición de tal. Pero ya desde ahora podemos hacer mucho para lograr este espíritu, disponiéndonos, con ayuda de la gracia, a permanecer siempre delante de Dios como un hijo ante su amorosísimo padre. Pidamos continuamente el **espíritu de adopción**, vinculando esta petición a cualquier ejercicio que tengamos que repetir muchas veces al día—como vimos que lo hacía Dom Marmion a cada **Gloria Patri** del final de los salmos—, y esforcémonos en hacer todas las cosas por amor a Dios, tan sólo por complacer a nuestro Padre amorosísimo, que está en los cielos.

b) CULTIVAR EL ESPÍRITU DE FRATERNIDAD UNIVERSAL CON TODOS LOS HOMBRES.—Es éste, como vimos, el principal efecto secundario del don de piedad. Antes de practicarlo en toda su plenitud por la actuación del don, podemos hacer mucho por nuestra parte con ayuda de la gracia ordinaria. Ensanchemos cada vez más la capacidad de

nuestro corazón hasta lograr meter en él al mundo entero con entrañas de amor. Todos somos hijos de Dios y hermanos de Jesucristo. ¡Con qué persuasiva insistencia lo repetía San Pablo a los primeros cristianos! «Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis revestido de Cristo. No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay hombre o mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gál 2,26-28). Si hiciéramos de nuestra parte todo cuanto pudiéramos para tratar a todos nuestros semejantes como verdaderos hermanos en Dios, sin duda atraeríamos sobre nosotros su mirada misericordiosa, que en nada se complace tanto como en vernos a todos íntimamente unidos en su divino Hijo. El mismo Cristo quiere que el mundo conozca que somos discípulos suyos en el amor entrañable que nos tengamos los unos a los otros (Jn 13,35).

c) CONSIDERAR TODAS LAS COSAS, AUN LAS PURAMENTE MATERIALES, COMO PERTENECIENTES A LA CASA DEL PADRE, QUE ES LA CREACIÓN ENTERA.— ¡Qué sentido tan profundamente religioso encuentran en todas las cosas las almas gobernadas por el don de piedad! San Francisco de Asís se abrazó apasionadamente a un árbol porque era un «hermano suyo» en Dios. San Pablo de la Cruz se extasiaba ante las florecillas de su jardín, que le hablaban del Padre celestial. Santa Teresita se echó a llorar de ternura al contemplar a una gallina cobijando a sus polluelos debajo de sus alas, acordándose de la imagen evangélica con que Cristo quiso mostrarnos los sentimientos de su divino corazón, incluso para con los hijos ingratos y rebeldes (cf. Mt 23,37). Sin llegar a estas exquisiteces, que son propias del don de piedad actuando intensamente, ¡qué sentido tan distinto podríamos dar a nuestro trato con las criaturas—aun las puramente materiales—si nos esforzáramos en descubrir, a la luz de la fe, su aspecto **religioso**, que late tan profundamente en todas ellas! La creación entera es la **casa del Padre**, y todas cuantas cosas hay en ella le pertenecen a El. ¡Con qué delicadeza trataríamos aun las puramente materiales! Descubriríamos en ellas **algo divino**, que nos las haría respetar como si se tratase de vasos sagrados. ¡A qué distancia del pecado—que es siempre una especie de sacrilegio contra Dios o las cosas de Dios—nos pondría esta actitud tan cristiana, tan religiosa y tan meritoria delante de Dios! Toda nuestra vida se elevaría de plano, alcanzando una altura sublime ante la mirada amorosísima de nuestro Padre, que está en los cielos.

d) CULTIVA EL ESPÍRITU DE TOTAL ABANDONO EN BRAZOS DE DIOS.—En toda su plenitud no lo conseguiremos hasta que actúe en nosotros intensamente el don de piedad. Pero esforcémonos mientras tanto en hacer de nuestra parte todo cuanto podamos. Hemos de convencernos plenamente de que, siendo Dios nuestro Padre, es imposible que nos suceda nada malo en todo cuanto quiere o permite que venga sobre nosotros. Y así hemos de permanecer indiferentes a la salud o enfermedad, a la vida larga o corta, a la paz o la guerra, a los consuelos o arideces de espíritu, etc., repitiendo continuamente nuestros actos de entrega y abandono a su santísima voluntad. El **fiat**, el «sí», el «lo que quieras, Señor» debería ser la actitud fundamental del cristiano ante su Dios, en total y filial abandono a su divina y paternal voluntad, que no puede querer para nosotros sino los mayores bienes, aunque a veces tengan la apariencia de males ante nuestra mirada puramente humana y natural.

Hemos hecho un vistazo general de la grandeza de estos dones que ya por la gracia los tenemos con nosotros, y que mucho podemos ir haciendo por la gracia para favorecer su ejercicio.

Nuestra madre, la única que fue docilísima al Espíritu Santo, y que poseyó los dones de manera eminentísima después del Señor, nos dé la gracia de poder tomar conciencia de todo esto y pedir los dones del Espíritu Santo para llegar a la santidad y llevar a muchas almas al Cielo.

¡Ave María y adelante!